

Eugenia Allier Montaño.

68 El movimiento que triunfó en el futuro: historias, memorias y presente.

Universidad Nacional Autónoma de México y Bonilla Artiga Editores, 2021, 624 pp.

La obra reseñada es producto de una investigación que la autora desarrolló durante más de diez años. Eugenia Allier se inmiscuyó en el llamado 68 para comprender, explicar y proponer una ruta de interpretación de los efectos historiográficos, políticos y públicos que tuvo este acontecimiento-proceso. En la obra se rastrea cómo un acontecimiento, el 68, pasó de ser una coyuntura de movilización social y represión estatal a un proceso histórico con una variedad de temporalidades. De esta manera, el 68 mexicano se presenta como una historia amplia en la que se conectan escalas nacionales, regionales y globales. Para Allier, el 68, que tuvo su punto de mayor intensidad en la Matanza de Tlatelolco el 2 de octubre, es una historia todavía en construcción; es decir, el 68 todavía existe como proceso histórico y político.

Una primera pregunta de la obra de Allier es cómo es posible que un hecho que ocurrió ya hace más de cincuenta años todavía genere nuevas dinámicas de problematización y ubicación social en las memorias públicas y que no se haya convertido exclusivamente en un proceso histórico (objeto únicamente de la Historia o la Sociología Histórica), sino que también es un proceso contemporáneo (del tiempo-presente) y, en gran medida, en una relevante preocupación de la memoria. Precisamente en este intersticio entre Historia y Memoria se ubica la obra de la Dra. Allier. Es un trabajo que hace historia del 68 mexicano, y al tiempo repasa la historia de otros 68 en América Latina y en Europa, por supuesto el mayo francés y sus repercusiones públicas. Pero también es una obra de memoria histórica, y más exactamente de memorias que están en disputa, que por cuenta de las tensiones políticas, sociales y pú-

blicas a veces se consolidan y a veces se van difuminando, pero que luego reaparecen.

La historia que se nos cuenta es de qué manera esas memorias construidas frente a un acontecimiento como *el 68* se fueron transformando y traslapando durante poco más de cincuenta años. En esa transformación de las memorias del 68 se encuentra parte de la gran respuesta a la pregunta central de la autora en su libro: ¿cómo a lo largo de 50 años *el 68* fue convirtiéndose en un referente histórico esencial en el país, hasta llegar a ser considerado uno de los principales acontecimientos del siglo XX?; y otras preguntas y respuestas semejantes a las que el mismo título ofrece: ¿cómo fue que el movimiento estudiantil, reprimido por el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz el 2 de octubre y que se desestructuró con la persecución a los integrantes del Consejo Nacional de Huelga (CNH), es decir, que fue derrotado, después de 50 años se convirtió en un movimiento que triunfó?

Uno de los puntos con los que la obra pretende abordar estas preguntas se vincula a la relación del 68 con el presente. La autora propone que *el 68* tiene una relación *dual* en este sentido, porque es visto y narrado desde el presente, pero, a su vez, el presente es contemplado desde *el 68*. Así que *el 68* ha sido retomado en

distintos momentos de la historia contemporánea de México por grupos y organizaciones sociales, por partidos políticos, por las instituciones legislativas y comisiones de esclarecimiento, y, también, en ciertos momentos, por los presidentes del país.

El 68 es un movimiento que triunfó, como lo dice la autora, pero que para hacerlo tuvo que sobreponerse a una gran derrota causada por la represión de Estado implementada por los gobiernos de Díaz Ordaz y Echeverría Álvarez, que implicó que varios de los dirigentes, hombres y mujeres, estudiantes y profesores, estuvieran presos durante más de un año sin tener un juicio con el debido proceso, y que luego de que fueran condenados tuvieran que pasar hasta dos años encerrados pausando sus proyectos personales y teniendo que intercambiar exilio por libertad, en algunos casos. Sin embargo, *el 68* triunfó porque además de sobreponerse a la represión y a una primera opinión pública desfavorable gestionada por la gran prensa política, sus sobrevivientes, seguidores y defensores lograron que la *memoria de conjura*, implementada por el gobierno de Díaz Ordaz y Echeverría Álvarez, tuviera que ceder espacio público a la *memoria de la denuncia* en la que se hizo visible la represión estatal y las violaciones de derechos humanos. Todo esto, progresiva-

mente y en conjunción con otros acontecimientos del país como la reforma política, el terremoto de 1985 en Ciudad de México, la transición política, etc., se fue convirtiendo ante la opinión pública y algunos sectores políticos e institucionales en una *memoria del elogio*, en la que el movimiento ya no era el de unos jóvenes comunistas cooptados por el fantasma del intervencionismo soviético, ni tampoco el de jóvenes, estudiantes y profesores reprimidos por el Estado, sino que se trataba de los hacedores de un nuevo proyecto democrático para México, un movimiento que “buscó abrir los cauces hacia la democratización del país, proponiendo que fue la causa de algunos de los cambios políticos más importantes en las últimas décadas, un hito, un parteaguas en la historia nacional reciente” (207), como lo subraya la autora.

Planteado así de forma rápida se genera la idea de que las memorias de conjura, de denuncia y de elogio, son sucesivas, pero la autora muestra que son memorias que tienen momentos de mayor y menor protagonismo en la escena pública nacional, muchas veces en distintos periodos. Estas memorias se encuentran traslapadas: la memoria de conjura, la gubernamental, por ejemplo, puede parecer que desaparece, al menos así ocurre porque no se vuelve a leer en las páginas perio-

dísticas y en los discursos públicos de políticos, pero se mantiene, quizás, en las instituciones del orden y algunos sectores privados. Por otro lado, la memoria de denuncia, la que advierte de la férrea represión estatal de Díaz Ordaz, se ha mantenido a lo largo de los años, pero difuminando su fuerza frente a una memoria del elogio que teniendo como sustento el rechazo a lo ocurrido, trasciende de la condición pasiva de lo sucedido y le otorga al movimiento *del 68* una agencia como proyecto democratizador para México, como símbolo de otras acciones colectivas, como símil de otras violaciones de derechos humanos, etc.

En estas interacciones y superposiciones entre las memorias que nos presenta la Dra. Allier, también hay cambios en las posiciones de los actores frente a las memorias mismas. El caso más visible tiene que ver con la posición de la gran prensa política, que durante el movimiento estudiantil y al día siguiente de la Matanza en Tlatelolco, se sumó a la construcción de una memoria de la conjura que básicamente estableció que la violencia había sido desatada por los propios estudiantes y que la fuerza pública simplemente tuvo que responder en defensa de las instituciones, pero que años después se convirtieron en gestores de la memoria de la denuncia al cuestionar lentamente las detenciones

autoritarias de los presos políticos, y después a la memoria del elogio, al sumarse a la construcción simbólica del movimiento con la democracia.

También la posición de los gobiernos se ha transformado a lo largo del tiempo, pasando de la memoria de la conjura a la del elogio, quizá sin establecerse de manera clara y suficiente en la memoria de denuncia, porque le corresponde ser el responsable de la represión denunciada, aunque haya sido en gobiernos de mucho tiempo atrás. La represión se acepta implícitamente con la definición de comisiones para la revisión de lo ocurrido, como la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, que en la práctica han sido intrascendentes en el establecimiento de responsabilidades.

De este modo, sin entrar a detallar los elementos de estas memorias de conjura, denuncia y elogio, lo que la Dra. Allier nos muestra en su obra es la manera como se va transformando un proceso histórico en el tiempo y cómo las coyunturas sociales, políticas y económicas han determinado diversas formas para recordar el movimiento estudiantil. Ella lo dice expresamente, parafraseando a Henry Rousso, "la memoria tiene sus tiempos propios".

Así mismo, la obra de Eugenia Allier también asume un diálogo con esos periodos de memoria en Europa (Francia, Italia, Alemania)

y el Cono Sur (Brasil, Argentina y Uruguay), para mostrar, por ejemplo, que en México no se dieron los periodos de silencio, en los que el tema por así decirlo no existió, y tampoco el periodo de retorno a lo suprimido, en realidad porque la memoria de denuncia no desapareció, antes se fortaleció. En México, señala Allier, lo dinámico ha estado en "las dimensiones que las discusiones han conseguido en cada momento, alcanzando nuevos y distintos espacios de la arena pública" (573).

Por último, hay un aspecto más que merece ser resaltado en esta obra, respecto de la metodología. El trabajo de Allier, ya no solamente por este libro sino por toda su obra, ofrece una magnífica ruta metodológica para abordar acontecimientos/procesos de estas características violentas/represivas de implicaciones de memorias públicas, pero a la vez con repercusiones políticas y simbólicas, que ocupan la atención de la opinión y el debate públicos durante décadas. Claro está que no es una ruta metodológica para una investigación corta o meramente acontecimental. Ya se ha planteado en esta reseña que la autora invirtió una década en su investigación desde su inmersión en el tema, pues implica revisar las coyunturas conmemorativas, los aniversarios, rastrear los actores políticos que se pronuncian en cada momento, las institu-

ciones y hacerle un seguimiento a los mismos en cada periodicidad para poder definir sus continuidades y cambios.

Dr. Anderson Paul Gil Pérez

UTP-UIS

Colombia

Id-ORCID: [0000-0002-9741-4220](https://orcid.org/0000-0002-9741-4220)

